



El Sastre Botines



BILLIE DOVE



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.

8

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

LAYETANA, 12

BARCELONA

KID BOOTS 1926

EL SASTRE BOTINES

Divertida comedia americana interpretada
por los célebres artistas

Billie Dove, Clara Bow, Lawrence Gray, etc.

Es una Producción PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. HORTA, IMPRESOR

CORTES, 719-BARCELONA

El sastre Botines

Argumento de la película

Samuel Botines, un aprendiz de sastre, era un ejemplo viviente de que la naturaleza también se equivoca, pues, ¿de qué le sirven a un sastre las orejas de detective?

Botines tenía las orejas grandes y la inteligencia bastante corta ... Además, no brillaba precisamente su rostro por su hermosura. Cierta vez que pensó en casarse, el cartero de la localidad le envió una tarjeta de felicitación con una caricatura y estos versos:

*Mírate al espejo
sastre Botines;
que eres muy feo
para estos trajines.*

De resultas del verso, disgustóse la novia y Botines se vió despreciado y a la altura del zapato. Desde entonces el pobre joven se dedicó a olvidar y a buscar otra mujer que le quisiera. El estaba convencido de que la hallaría alguna vez. ¡Viste mucho ir con Botines!

Se pasaba muchas horas mirándose al espejo de

la sastrería en que prestaba sus servicios. El dueño de la tienda ponía el grito en el cielo al ver la presunción de su dependiente.

—No te mires más al espejo, que vas a quebrantarlo — le dijo una mañana.

En aquel instante, unos chicos que jugaban al golf lanzaron una pelota contra la tienda rompiendo el espejo en varios pedazos.

—Ya decía yo que ibas a romperlo — rugió el sastre—. ¡Márchate de la sastrería, so gandul!

En vano Botines intentó solicitar perdón; pero su principal, exaltado por las continuas tonterías que realizaba su dependiente, le puso de patitas en la calle.

Botines, distraído, iba a llevarse la cinta del metro, pero el dueño se la arrebató de un manotazo.

—No vuelvas nunca más a esta casa. En el tiempo que llevas aquí, no ha habido día en que no haya ocurrido alguna desgracia. Márchate ahora mismo. Con tus tonterías lo que haces es ahuyentar la clientela.

Botines insistió aún poniendo todavía más melancólico su rostro, de ordinario triste.

Cerca de allí acababa de pararse un automóvil. Iban en él, Hermógenes Biceps, un perito en cultura física, más físico que culto, y Clarita, una chica adorable, a la que aquél pretendía, una niña que había sido la causa de más de cuatro accidentes por obligar a los hombres a mirarla a ella en vez de mirar en donde ponían los pies.

Hermógenes bajó a arreglar el *auto*, ensuciándose el vestido en los menesteres de la reparación. Clarita le dijo, mirándole con profundo desdén:

—No quiero que vengas conmigo a ninguna parte hasta que te hayas comprado otro traje... Estás impresentable.

—Cálmate, mujer. Voy ahora mismo a una sastrería. Precisamente veo aquí una...

Hermógenes se dirigió prestamente a ella. Botines se despedía del principal y al ver que alguien iba en dirección de la tienda, dijo:

—Si le vendo un traje ¿podré quedarme?

—Sí... pero estoy seguro de que eres incapaz de eso.

—Ya lo veremos.

El profesor de cultura física llegó a la tienda y dijo a Botines, mirándole por encima del hombro:

—Quiero un traje de golf con un solo botón.

—Perfectamente. Tenemos lo que usted desea...

Le enseñó un traje de golf ya confeccionado que el otro se vistió. Bajo la americana estaba aún la percha de madera que Botines no se cuidó de quitar y cuyo gancho salía por el cuello, dando a Hermógenes una extraña figura jorobada.

—Aquí tiene usted una americana que le queda que ni pintada de los hombros.

Hermógenes se miró de frente al espejo no viendo, naturalmente, el extraño gancho con el que parecía le iban a colgar. Botines, entusiasmado ante la idea de vender el traje, no se fijó en aquel pequeño detalle.

—¡Perfectísimo! ¡No hace falta retocar nada!...

—Pero he dicho con un solo botón...

Botines le arrancó uno de los botones, quedando la americana únicamente con uno.

Aunque no muy contento de la elegancia de su terno, Hermógenes pagó lo que le pidieron y volvió al *auto* a reunirse con Clarita.

—¿Qué te parece? Voy elegante, ¿no?

Ella le miró desdeñosa:

—Te has comprado un traje que ni a la polilla va a gustarle. ¡Calcula lo que me gusta a mí!... Y

diablo, ¿qué es ese gancho de la espalda? ¿Qué te sale por el cuello?

Hermógenes se indignó.

—¡Ah, diablo! ¡Cuando logre ponerle las manos encima al sastre sinvergüenza que me lo vendió, va a acordarse de mí toda la vida!

Volvió indignado a la sastrería y Botines, al verle, creyó llegado para él el día del juicio. Se escondió entre la ropa, por los armarios llenos de trajes, pero Hermógenes le persiguió sin interrupción. ¡Cómo le había tomado el pelo aquel aprendiz de sastre!

Acudió el dueño de la tienda disculpando a Botines. Había sido sin intención lo de la percha... Pero el comprador no atendía razones y continuó revolviendo la casa en busca del aprendiz.

Botines logró salir de la tienda mientras Hermógenes discutía, indignado, con varios oficiales del taller que pretendían detenerle.

El muchacho corrió desesperadamente por la calle y, de pronto, tropezó con la linda Clarita que aguardaba de pie junto al automóvil.

En el terrible encontronazo, Botines desgarró la falda de la bella mujer.

—Oh, desdichado, ¿qué ha hecho usted?

—No se apure, señorita, perdóneme... Voy a co-sérsela...

Y como llevaba hilo y aguja, las armas de todo sastre, en un momento cosió la fina tela, mientras sus ojos de hombre insignificante y romántico, se clavaban amorosamente en el rostro de Clarita. Distaído cosió la falda con los tirantes suyos que le pendían por el pantalón.

¡Qué criatura aquélla! ¡Cuidado que era bonita! Clara, aplacada en su enfado ante la humildad del

muchacho, sonrió y ante un espejito, se pasó una brocha de polvos por la cara.

—Lástima que sea tan feo — murmuró Botines—. ¡Con lo guapa que es usted!

Ella le miró, acariciándolo con sus ojos.

—A algunas muchachas les gustan los jóvenes guapos, pero yo me conformo con tal de que sean cumplidos — respondió.

Iba él a contestar algún piropo de su invención, cuando vio a Hermógenes que salía de la tienda, más rápido que un rayo.

¡Pies, para qué os quiero! Botines arrancó a toda velocidad, pero Clarita corrió tras él dando grandes gritos. Sus faldas cosidas con los tirantes la obligaban a seguir rápidamente al sastre. ¡Qué estúpida contrariedad!

Hermógenes al ver aquello se enfureció todavía más... Clarita daba grandes gritos de desesperación al tener que correr con la falda cosida a los tirantes de Botines, y éste se hallaba muerto de vergüenza...

En uno de los violentos tirones que Clarita diera, su falda quedó libre del cosido y pudo desprenderse de los tirantes. Botines siguió corriendo a toda velocidad, y tras él, rojo de ira y ansioso de venganza, le siguió el profesor Hermógenes.

Botines vio un automóvil parado en la acera y se escondió en su interior.

Hermógenes le buscó inquieto, encontrándolo, al fin, en su escondite.

El automóvil en cuestión era de Tomás Sterling, un muchacho que también tenía sus dificultades pero eran de distinta índole que el traje de Hermógenes, pues se trataba nada menos que de un divorcio.

Tomás se había casado anteriormente con Carmen Mendoza, una linda corista, que tenía mil pá-

jaros en la cabeza. Mujer amiga de divertirse, pronto se cansó de Tomás, y éste, fatigado y aburrido por aquella compañía, no amando ya a su mujer, presentó demanda de divorcio. Y dentro de poco iba a verse el asunto ante el juez.

Tomás salió de un restorán cuando vio a dos individuos discutiendo en un automóvil. El propietario corrió hacia el coche temiendo se lo destrozaran.

—Pienso que se trata de una broma entre amigos lo que ustedes hacen — les dijo risueño—, pero necesito mi *auto* y me lo llevo.

Y rechazando a los dos adversarios subió a su coche y emprendió veloz marcha. Pero Botines, miedoso, se sentó a su lado, rogándole le permitiese ir un rato con él para librarse de la furia de su enemigo.

—Por favor, se lo ruego; ese hombre me quiere matar...

A Tomás le dio lástima aquel pobre muchacho insignificante y pequeño que quería librarse del furor del otro sujeto hercúleo como un boxeador, y se resignó a llevarle en su compañía. No quiso averiguar por qué motivos tenía lugar la disputa y prosiguió, rápido, su carrera.

Pero Hermógenes no se resignaba a perder de vista a aquel sujeto que le había ofendido, primero a él, y luego a Clarita, cosiéndole la falda.

Y subió a otro automóvil en su persecución.

El coche de Tomás llegó al hotel donde el joven residía y entonces éste se despidió de Botines. Iba el sastre a volver a su casa, cuando vio que bajaba de su automóvil Hermógenes Bíceps que iba en su persecución y que, al ver a Botines, hizo un gesto de feroz odio.

El pobre aprendiz de sastre retrocedió atemoriza-

do y entró detrás de Tomás en el hotel, perseguido de muy cerca por su enemigo.

Tomás, preocupado en sus asuntos, no se dió cuenta de ello y entró tranquilamente en su habitación. Y el sastre abrió una puerta contigua a la que acababa de entrar Tomás y se metió en un pequeño recinto. Había penetrado en un armario de ropa.

Allí esperó tembloroso mientras Hermógenes, no encontrándole, se alejó de allí, pero con el espíritu todavía inflamado por la venganza.

Botines escuchó voces desde el armario. Había otra puerta opuesta de donde surgían los rumores de conversación... Esta puerta posterior daba a la habitación de Tomás...

Al entrar Tomás en su cuarto, se encontró con la desagradable sorpresa de ver allí ropas de mujer, y lo que es peor, de encontrar a su propia mujer, Carmen Mendoza.

—¿Tú? — dijo, extrañadísimo, reconociendo a su esposa a la que desaba ver a cien leguas de allí.

—Sí, Tomasito — dijo ella, levantándose y yendo hacia él con un mimo felino—. Me he decidido a volver a tu lado...

—¿Volver a mi lado? — rugió él—. ¿Acaso olvidas que estamos divorciados?

Desde su escondite, Botines escuchaba con atención...

—El decreto del juez concediendo el divorcio no se fallará probablemente hasta el próximo jueves, y, además, te amo... No quiero divorciarme de ti.

Una sonrisa de ironía se dibujó en los labios de él.

—¡Vamos! ¡Te comprendo! Ya veo que has leído los periódicos de la mañana...

Y cogiendo un diario se lo enseñó. Ella lo leyó y se echó a reír.

—Sí, lo sabía, pero, ¿qué importa ello?

La noticia que traía el periódico era la siguiente:

Don Tomás Sterling acaba de verse favorecido por una inmensa fortuna poco menos que inesperada. Su tío le ha dejado, al morir, unos cuantos millones de dólares.

—De modo que ahora que soy rico quieres volver conmigo, ¿no?

—¡Qué mal me conoces, Tomás! — dijo ella, con una sonrisa, páfida—. La demanda de divorcio la presentaste por no sé qué tontería mía, un partido de fútbol, una juerga con varios amigos, qué sé yo; esto fué el origen de todo... Pues bien, ya que me casé contigo... quiero disfrutar ahora de tu imprevisible fortuna.

—No te amo ni te he amado nunca... ¡Puedes marcharte! — rugió él.

—Poco a poco... ¡Estás en mis manos... y te tengo bien cogido!

Dos caballeros aparecieron por una puerta lateral. Adelantaron unos pasos y uno de ellos, sonriente, dijo:

—¡Soy el abogado de su esposa! ¡Y éste mi pasante! ¡Cuánto me alegro que hayan ustedes vuelto a reunirse!

—¡Nunca hemos vivido juntos y jamás viviremos! — protestó Tomás.

—Amigo mío — dijo el abogado, con una sonrisa de calma—; el hecho de que les hayamos encontrado aquí juntos, es prueba suficiente, según la ley, de que perdona a su esposa, y por tal motivo, tendrá usted que retirar la demanda de divorcio.

—¡Ah, miserables! — dijo, furioso, el joven—. ¿De modo que, según usted, el juez no me concederá el divorcio porque he estado solo con ella?

—Claro está... — dijo Carmen con alegría.

—Exactamente — agregó el abogado—. A menos que se presente un testigo que logre ofrecer pruebas de que no estaban ustedes solos...

—Hagan el favor de marcharse. No quiero discutir más — dijo el marido.

Y ciego de furor, abrió la puerta del armario, idéntica a la de salida, para que se fueran. Al abrirla vió entre las ropas a un hombre, Botines, que le miraba con una sonrisa de miedo y timidez.

—¿Usted aquí? — dijo Tomás, entre sorprendido y alegre—. ¡Usted es mi padre!

Botines quiso balbucir una excusa. Se había metido ahí por error. Los abogados y Carmen le contemplaban con asombro. ¿Qué hacía aquel individuo allí?

—He ahí mi testigo — dijo Tomás, obligando a Botines a adelantarse—. Es mi mejor amigo y ha estado presente y sabe que no hemos estado solos mi mujer y yo...

Se acercó y le dijo en voz baja:

—Diga usted que sí... Sálveme, por Dios.

—¿Usted ha sido testigo? — le gritó el abogado—. Desde su escondite, ¿no ha presenciado usted ninguna escena de reconciliación?

—No, señor — dijo Botines, desorientadísimo—. No he presenciado nada... Y además, yo puedo atestiguar que he sido sastre y que me llamo Botines.

Carmen y los abogados se miraban enfurecidos. ¡Habían perdido la partida! ¡Ah, qué odio! Un testigo presencial de la escena desbarataba sus planes.

—El jueves nos veremos en el Juzgado de Dos Pasos, ante el juez — dijo Tomás.

Y lanzándoles una mirada despectiva, se alejó de allí con Botines.

El sastre creía estar soñando. Por fortuna, su ene-

migo Hermógenes se había marchado ya para volver al lado de Clarita.

Quedaron Carmen, el abogado y su pasante, echando espumarajos de rabia.

—No se ha perdido todo, señora. Si conseguimos quitarnos al bobera ese que va a servirle de testigo, la victoria será nuestra — dijo el abogado de la señora.

—¡Ojalá sea así! — dijo la dama—. De lo contrario, ¡adiós fortuna! ¡adiós los millones!

Lo que Carmen Mendoza más amaba en el mundo, era el dinero...



Unos días después, Tomás desapareció con todo su equipaje, acompañado de Botines, y dirigióse no lejos de allí, a una playa de moda, en el Hotel Belmore.

Y a fin de desorientar a su esposa sobre su paradero, se presentó como instructor de golf.

—Soy el nuevo instructor — dijo a un botones—. Aquí traigo una carta para el señor Belmore, propietario de este hotel... que me acredita como tal.

Botines le seguía cargado de bastoncitos de golf.

El antiguo aprendiz de sastre creía estar viviendo un sueño de hadas. Tomás Sterling le había tomado como secretario, como ayudante, y esta protección causaba al buen Botines un efecto maravilloso.

Botines era un elemento sagrado para Tomás. Supuesto testigo de que no habían estado solos los esposos, le tenía todo género de consideraciones. Y Botines estaba encantado de poder servir a tan amable señor y en un ambiente distinguido e impecable.

El sastre comenzó a recrear la vista con la contemplación de algunas beldades que, en traje de

baño, parecían sirenas surgidas del fondo del mar para alegrar la vida humana...

En todo lugar de recreo, en todo gran hotel, se encuentra siempre una muchacha que obliga a las otras a arrepentirse de no haber ido a veranear.

Una chiquilla, envuelta en su albornoz, pasó cerca de Tomás, acompañada de un señor ya algo anciano... Y miró profundamente al joven, que se sintió turbado por aquellos ojos azules.

Botines, viendo la doble mirada, sonrió y dijo a su principal:

—Recuerde que no conseguirá la libertad para tomarse ciertas libertades, hasta el jueves...

Llegóse a Tomás otro caballero acompañado de una muchacha muy gruesa.

—Soy Belmore, el dueño del hotel; celebro que sea usted instructor de golf. Mi hija María perdió su línea y desea recobrarla con el juego...

A Tomás no le agradó mucho la compañía de aquella obesa mujer, máxime cuando la comparó con la esbeltez incomparable de la que acababa de ver. Esta, con su padre, se acercó al dueño del hotel, y ya juntos, logró Tomás ser presentado a los nuevos visitantes.

—Supongo que usted también me dará algunas lecciones, ¿no? — le dijo la bella muchacha, llamada Leonor.

—Sólo querría alumnas como usted — dijo él, en voz baja.

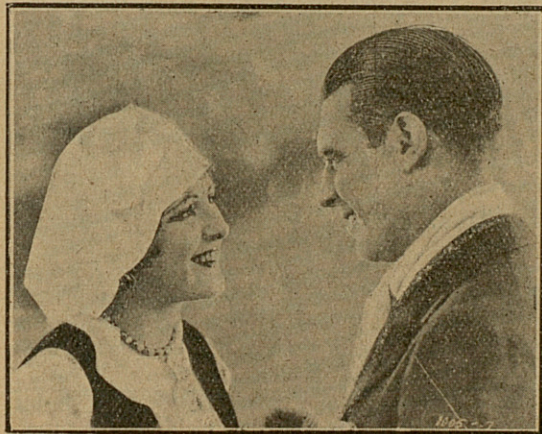
Botines le murmuró al oído, al verlo marchar acompañado de ella:

—No lo olvide... ¡El jueves!

Tomás dejó para otra hora jugar con María, la gordezuela discípula, y fué a hacerlo con Leonor, la hermosa criatura, de la que acababa de enamorarse.

Entretanto, Carmen Mendoza, la esposa de Tomás, y su abogado, comentaban en la casa de ella, la desaparición del joven.

—Se está haciendo pasar por instructor de golf en el hotel Belmore — dijo el letrado—. He conseguido descubrir su equipaje.



—Supongo que usted también me dará algunas lecciones...

—Tenemos que darnos prisa, pues no nos quedan más que otros dos días hasta jueves — respondió Carmen.

Y se dispusieron a marchar en seguida al hotel Belmore.

Aquella tarde, el sastre Botines comenzó a saber lo que ignoraba en el juego del golf.

Llevaba los bastones a Tomás y a Leonor que sos-

tenían una animada partida. Ignorando todas las reglas del juego, iba Botines cogiendo todas las demás pelotas que caían a su alrededor, procedentes de otras partidas empeñadas, en el campo, por distintos jugadores, lo que levantaba continuos gritos y protestas.

Tomás acababa de sentirse preso en los dulces encantos de Leonor. Oyéndola hablar, escuchando sus palabras, sus bondadosas ideas, el joven iba sintiéndose, poco a poco, seducido por la gracia adorable de aquella mujercita a la que consideraba una digna sustituta de Carmen.

Interrumpían el juego constantemente para hablar y acariciarse las manos. Botines, riendo, cogió una pelota y escribió en ella esta palabra:

Jueves.

La tiró a los pies de Tomás que la recogió y se echó a reír con gran complacencia.

Leonor y Tomás salieron del campo de golf, y fueron al bar del hotel. Botines suspiró cómicamente ante aquel amor que veía nacer y pensó en aquella muchacha del *auto* que le había brindado una palabra graciosa.

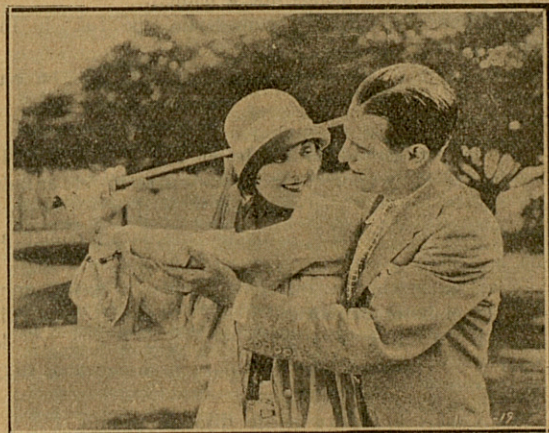
Fué andando lentamente y se apoyó en una de las casetas de baño. Miróse en un espejo para contemplar por millonésima vez su fealdad, preguntándose si alguna mujer podía enamorarse de su físico...

Estaba meditando, cuando la puerta de la caseta abrióse violentamente y Botines, que se apoyaba con la punta de los pies, fué derribado al suelo. Un hombre apareció un momento: era Hermógenes Biceps, profesor de cultura física del hotel, y que volvió a meterse dentro de la caseta, sin fijarse en que un hombre había caído.

Botines, dolorido por el golpe, se puso en pie. Vió abrirse una puerta, la contigua a la de antes, pero sin notar este pequeño detalle; creyendo que se tra-

taba de la misma puerta, y del mismo individuo que le había derribado, le propinó al verle aparecer un formidable golpe, que le hizo morder el polpo.

El terror se pintó en los ojos de Botines al descubrir la verdad. Era una mujer a la que acababa de



Tomás acababa de sentirse preso en los dulces encantos de Leonor...

pegar por equivocación, y que había entrado en la caseta contigua a desnudarse para el baño.

Levantóla disgustado y su terror aumentó al ver que se trataba de la muchacha del automóvil: de Clarita.

La bella criatura se quejó de grandes dolores en su lindo cuerpo. ¡Ah, el infame! Quiso contestar también a la agresión, pero se detuvo al reconocerle.

—Señorita — murmuró él, muerto de vergüenza—.

Ha sido una tremenda equivocación. ¡Quién iba a pensar!

—¡Usted! Es usted un hombre desdichado — le dijo Clarita, con una risa burlona que apareció entre su amargura.

—Es verdad. A ninguna mujer quise hacer nunca mal, pero a usted menos que a nadie...

—Vamos, le perdono; comprendo que fué sin intención...

—Me daría mil golpes para evitar lo que ha pasado...

—No hablemos de ello. ¡Y qué hace usted aquí?

El le explicó someramente el objeto que allí le había traído, y poco a poco desapareció el enfado de Clarita; y Botines comenzó a sentirse el hombre más feliz del mundo. ¡Aquella muchacha comenzaba a hacerle caso!

Clarita, muchacha huérfana, venía a pasar unos días en el hotel Belmore, del cual era profesor de cultura física Hermógenes Bíceps. Pero a ella, no le unía a ese hombre lazo de amor; lo aseguraba, muy formalmente.

—¿Vamos a nadar? — le dijo de pronto.

—Sí, sí, voy a ponerme el traje y vuelvo...

Corrió a vestirse su ropa de baño y los dos se lanzaron luego a la piscina del hotel, riéndose y divirtiéndose de lo lindo.

Hermógenes Bíceps, al salir de su cuarto, vió el nuevo idilio entablado con su novia y se lanzó a la piscina con el ánimo de castigar al atrevido Botines. ¡Aquel aprendiz de sastre! ¡Querer quitarle la novia, por añadidura!

Pero en la piscina, Botines, involuntariamente, hizo caer una palanca que fué a rebotar en la cabeza del pobre Hermógenes, quien quedó desvanecido. Y el sastre y ella fueron luego por los jardines a gozar su idilio naciente.

Al día siguiente, Tomás había ya enseñado el juego del golf a la hija del dueño del hotel, y ahora dedicaba toda su actividad a Leonor de la que se iba enamorando un poquito más cada vez.

Nada les interesaba que no fuera el objeto de su idilio... Y Botines tenía de este modo el tiempo libre para dedicarse a su nuevo amor: a Clarita.

La víspera del jueves, el abogado y Carmen, llegaban al Belmore. Visitaron al director del hotel y el letrado dijo:

—Esta señora es la esposa del instructor de golf que ha venido aquí con el objeto de sorprenderlo... ¿Podría usted acomodarla en las habitaciones vecinas a las de su marido?

El director se echó a reír y le complació en el acto. ¡Ah, los líos conyugales!

Le hizo pasar a una habitación frontera a las que ocupaba Tomás, y en la que había una puerta de escape que comunicaba con aquéllas.

Luego el abogado y Carmen volvieron al "hall" y vieron a Botines que daba un ramo de flores a Clarita.

—Aquel papanatas es su testigo — rugió el abogado—. Vaya a ver, Carmen, si lo conquista... Las mujeres le traen, por lo visto, loco...

Carmen salió del "hall" y se dirigió al jardín... Botines estaba hablando con Clarita y la invitaba a tomar el te. Ella aceptó, rogándole únicamente que aguardase un momento. Iba a buscar su bolso.

Botines quedó solo y poco después Carmen fué hacia él y con sus lindas manos le tapó los ojos.

—¿No me conoces? — le dijo—. ¿Vamos a tomar el te, amiguito?

El, creyendo que era Clarita la de la broma, le besó las manos. En aquel momento volvió la otra.

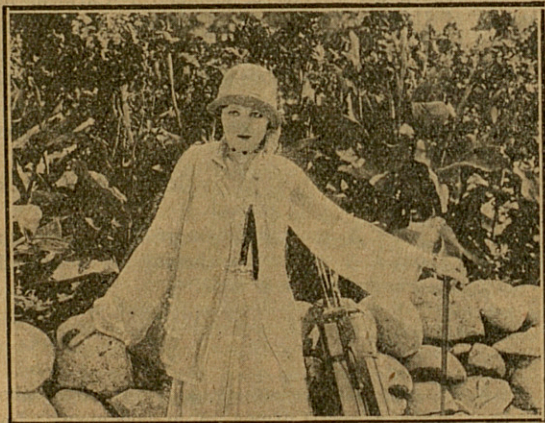
Botines quedó viendo visiones al contemplar junto

a él a la mujer de Tomás... ¡Terrible compromiso!

—Te espero en el bar... No faltes — le dijo Carmen.

Y marchó, después de enviarle un beso con sus dedos suaves.

Clara quedó rabiosa.



...se dirigió al jardín...

—¡Infel! Te hice caso porque me pareciste un joven cumplido y me resultas un ingrato...

—¡Oh, Clarita! — dijo Botines que amaba de veras a la muchacha—, yo te aseguro que...

—No me vengas con excusas... Ella se va a burlar de ti y yo me reiré como una loca...

Botines no había perdido su serenidad... Ella salió, enfurecida por la supuesta traición. ¡Ah, mal hombre!

Clarita había sentido por Botines una simpatía que era casi amor. Tal vez por contraste con Hermógenes Biceps, el hombre que la pretendía, un sér forzado y brutal, le gustaba la compañía del sastre, su figura pequeña, de hombre humilde y débil... ¡Y ahora aquella traición la anonadaba!

Botines se marchó tranquilamente al restorán. ¡Pobre Clarita!

Ocupó una mesa junto a la puerta del local.

Poco después, llegó Clarita quien se sentó, distraída, no lejos de su amigo...

En algún libro viejo había leído Botines que el mejor remedio para el amor son los celos, y se propuso dárselos a Clarita jugándole una broma pesada.

La mesa de Botines estaba situada junto a la puerta. El muchacho abrió ésta y quedó oculta a los ojos de Clarita la mitad de la mesa. Y Botines comenzó entonces una conversación muy movida y graciosa con una supuesta acompañante que tenía a su lado.

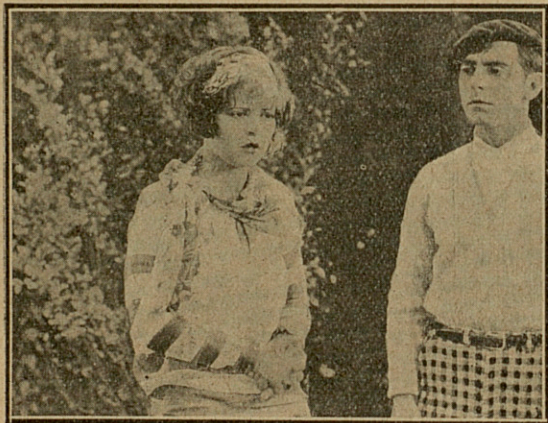
Clara, que no había visto la anterior maniobra, al ver hablar a Botines con alguien que estaba oculto tras la puerta, sospechó que la otra mujer estuviera allí y se sintió más enfurecida que nunca, furor que fué aumentando a medida que veía el palpitante interés de Botines.

Botines seguía tranquilamente la bromita, deshaciéndose en cumplidos con la supuesta persona que tenía al lado. Luego pareció inclinarse tras la puerta como si fuera a besar a alguien, y pocos momentos después apareció con una mancha roja en la cara. Había tenido cuidado de ensuciarse un poco el rostro con una de las pastas del te, para dar la sensación de besos de pintados labios.

Clarita creyó que Botines estaba con otra mujer. ¡Ah, si se abriera aquella puerta que ocultaba las

facciones de la otra! Casi lloraba de rabia. ¡Infame, cómo se burlaba de ella!...

Botines se conmovió. Tal vez había ido demasiado lejos con la broma. Y se levantó y acercóse a Cla-



—No me vengas con excusas... Ella se va a burlar de ti y yo me reiré como una loca...

rita para darla explicaciones. Todo era una farsa; nadie había tras la puerta.

—Sí, sí — decía ella—, no lo niegues, tú estabas con una mujer...

—Tonta... cómo te tragaste el anzuelo... Todo bromita, superior, pero bromita. Mira cómo no hay nadie...

Fué y cerró la puerta, y... ¡diablo! Allí estaba una mujer: Carmen Mendoza.

Carmen acababa de llegar y se había aposentado

detrás de la puerta para pasarse la brocha de los polvos.

Enfurecida, creyendo adivinar toda la verdad, Clarita se levantó y salió de allí. ¡Ingrato!

Botines se dispuso a seguirla.



Poco después llegó Clarita...

Carmen le llamó pero él no quiso atender razones y se marchó también desolado. ¡Con lo que amaba a Clarita! ¡Qué había hecho, bárbaro!



Entretanto, continuaba el idilio entre Tomás y Leonor.

—Quisiera decirle una cosa, pero no me es posible hasta mañana. Mañana seré libre... y entonces podré

hablarle con toda claridad... Supongo que no faltará usted a la vista de mi causa ante el juez de Dos Pasos— dijo él.

—Sí, iré — respondió Leonor, que estaba perfectamente enterada del matrimonio desgraciado de su amigo.

Tomás se despidió de su amigueta y del padre de ésta y regresó a su cuarto.

Al llegar al pasillo vió entrar en la habitación contigua, a una mujer cuya silueta no le fué desconocida.

—¿Quién está ocupando la habitación vecina a la mía? — preguntó a un camarero.

—Su esposa, señor...

—¡Diablo!

La idea de que su mujer estaba allí le horrorizó. Ah, era necesario marcharse inmediatamente, evitando que ella provocara, de cualquier modo, la reconciliación.

—Dígale a Botines que vaya en seguida a mi *auto*, que allí le espero — ordenó al sirviente.

Corrió a su automóvil y el camarero fué en busca de Botines a quien encontró en el hall, desolado por haber perdido el amor de Clarita.

El sirviente le transmitió el recado y Botines fué al encuentro de su amigo.

—Nos vamos a Dos Pasos — le explicó—. Sube en seguida. Mi esposa ha tomado la habitación contigua a la mía...

—Sé que su esposa está aquí. He hablado con ella — dijo Botines. Y luego de unos momentos de meditación, propuso:

—Vaya usted solo... Me parece que quieren jugarle una mala partida. Esta noche yo ocuparé su habitación y verá usted cómo nos burlamos de ellos...

—Mañana, sin falta, has de estar en el juzgado. Levántate muy temprano.

—Vaya usted tranquilo...

Tomás se marchó y Botines comenzó a pasear por el jardín. Era necesario salvar a su amo de los maquiavélicos planes de aquella gente. ¡Ah, él odiaba terriblemente a Carmen Mendoza, la culpable de haber perdido a Clarita!

Paseando, vió al abogado de Carmen que se dirigía a ésta. Cuando la mujer marchó, se dirigió el sastre a su encuentro:

—¿Tiene usted la bondad de acompañarme hasta aquella caseta? — dijo señalándole un barracón de madera—. Quisiera consultar con usted un asunto importante de su profesión.

El abogado, extrañado, accedió a seguirle. ¿Le pretendía tal vez un arreglo?

Entraron en la caseta y Botines dijo:

—Tengo una duda. ¿Cuál es la pena que la ley impone a una persona por quitarle el sentido a otra de un sopapo?

Disimuladamente, cogió una maza y la guardó detrás de su espalda.

—Legalmente, es un asalto — dijo el abogado, sin comprender—, y la ley impone al culpable diez años de trabajos forzados.

Esta noticia desarmó casi a Botines.

—¡Diez años!...

—A menos, por supuesto, de que se trate de un accidente...

—¡Un accidente! ¡Esto es lo que me conviene! — dijo.

Y sin que el otro pudiera defenderse, le pegó un mazazo tan formidable en la cabeza que le dejó sin sentido.

—Ahí te quedas, ¡accidentado! — dijo.

Cerró la puerta con llave y se marchó contentísimo. ¡Tenía ya un adversario fuera de combate!

Había andado algunos pasos, cuando vió a Clarita hablando con Hermógenes. Este discutía aún con ella, pretendiendo alcanzar su amor, a lo que se negaba la muchacha.

Botines, al reconocerle, quedó cadavérico. ¡El bruto aquel allí! Y sin saber donde huir, entró en el primer edificio que vió cerca: la caseta de gimnasio y masaje.

Vió una sala llena de aparatos. Un caballero se dirigió a él, con una sonrisa en los labios:

—Ha llegado usted tarde para el masaje, señor...

Botines contempló, atemorizado, aquéllos aparatos y miró con curiosidad una silla.

—Usted ya debe saber para qué sirve la silla eléctrica, ¿verdad? — dijo.

—Sí, ya lo sé, pero soy inocente — respondió Botines.

—Da una fuerza vigorosa al organismo — agregó el director—. Un hombre como usted no podría aguantar más de cincuenta voltios... Lo que siento es que haya llegado usted tarde, pues tengo una cita en el hotel en este mismo momento.

—Es igual, yo me marcho.

—Oh, cálese usted... Mi ayudante se encargará de atenderlo a usted como es debido... Ahí viene precisamente.

Un hombre entró en la habitación y Botines vió con horror que el ayudante era nada menos que Hermógenes Biceps.

Quiso huir pero Hermógenes, con un rugido de ferocidad, le cogió:

—Este señor necesita buen masaje — dijo el director—. Póngalo usted en la silla eléctrica pero que no pase de cincuenta voltios.

—¿Masaje ha dicho usted? No quedará descontento.

Salió el director y Hermógenes lanzó un suspiro de brutal alegría:

—Ahora me las pagará usted todas, sinvergüenza, todas...

—Perdón, perdón...

—¿Desea usted hacer testamento?

—Yo le prometo que...

Hermógenes le cogió, le obligó a sentarse en la silla eléctrica y dió toda la corriente a más de ciento sesenta voltios. Botines sintió una quemazón horrible. El fuego había consumido los pantalones dejando la carne viva. El pobre sastre se levantó y tuvo que recurrir a unos cubos de hielos donde aplicó la parte dañada.

Intentó huir para librarse de los brazos de aquel monstruo, pero Biceps le cogió, le tiró sobre una mesa y empezó con él una serie de contorsiones y movimientos tan espeluznantes que el pobre Botines quedó molido, casi sin vida, creyendo llegada su última hora.

—Ahora conocerás que clase de sujeto soy yo, ¿no te parece? — le gritó Hermógenes—. Y esto te servirá de enseñanza para que otra vez no pretendas quitarme a Clarita.

Se sentó, riendo, en un sillón eléctrico. Botines se levantó rápidamente y, acometido de un último y desesperado esfuerzo, fué al contador y dió la corriente al sillón con una tensión de ciento sesenta voltios. Hermógenes sufrió ahora los mismos dolores que había causado a Botines.

—¡Ahí te quedas, pillastre! — dijo Botines.

Y salió de allí, medio desvanecido, dejando al otro molido en el sillón.

Botines se encaminó aquella noche, directamente,

a la habitación de su amigo. Le dolía todo el cuerpo. Aplicóse unos pedazos de hielo y tapándose hasta la cabeza se quedó profundamente dormido.

Carmen, que había conseguido una llave de la puerta de escape, entró sigilosamente en su cuarto. El hombre dormía... Como tenía todo el rostro cubierto, no le pudo ver, pero creyó indudablemente que era su marido. ¡Ah, el plan estaba bien combinado! Unas horas después llegaría el abogado atestiguando que habían pasado los dos la noche juntos, y el divorcio no podría llevarse a efecto.

Con el temor de que Tomás despertara y lo echase todo a rodar, Carmen volvió lentamente a su cuarto.

Mientras tanto, Tomás no había podido llegar a Los Pasos, a causa de una avería en el automóvil, y se vió obligado a pasar la noche en el interior del coche.

Al día siguiente, memorable jueves, Clarita se levantó del lecho a la hora del alba.

La muchacha no había podido olvidar a Botines y estaba dispuesta a reconquistarlo, a volverlo a tener junto a ella. Pero ¿dónde estaba Botines? Le había buscado inútilmente la noche anterior.

Llamó al cuarto de Carmen y entró en él.

—Quiero hablar dos palabras con usted ahorita mismo — le dijo con frialdad—. ¿Dónde está mi sastre Botines?

Carmen se echó a reír.

—A mí ese sastre Botines me tiene muy sin cuidado — dijo ella—. El hombre que yo amo está en el otro cuarto, aquí cerquita.

—¡Ah! — dijo, celosa, Clarita—. ¿Y no será Botines?

—¡Qué ha de ser! ¡Vea usted!

Entraron de puntillas en la contigua habitación.

Alguien dormía en el lecho, pero embozado hasta las orejas era imposible distinguir sus facciones.

Clarita se sobrecoigió. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Botines o no?

—Si desea usted más pruebas de que no es el sastre Botines, échele una mirada.

En aquel instante el abogado, que poco antes había sido libertado por un guardián de la caseta, llamó a la habitación. Iba acompañado de un empleado del hotel.

Carmen abrió la puerta y salió con ellos al pasillo.

—Tomasito duerme...

—Perfectamente — dijo el abogado—. Yo ya tengo una declaración jurada del empleado del hotel conforme ha pasado usted aquí la noche. ¿No es verdad, señor?

El empleado que había sido sobornado por el letrado, accedió a todo. En efecto, él afirmaba que la señora Mendoza estaba en el cuarto con su marido.

—Ahora nuestra victoria es un hecho. Usted, señora, ha pasado la noche con él—agregó el abogado—. Por tal motivo el divorcio no puede concederse y la fortuna será suya. Y prepárese pronto que vamos a marchar a Los Pasos.

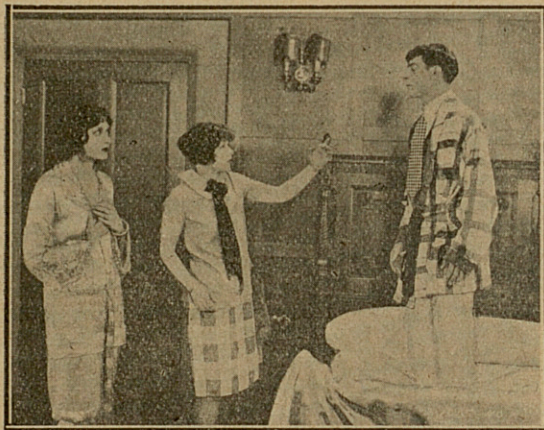
—Voy en seguida...

Salieron el abogado y el empleado del hotel. Y Carmen volvió al lado de Clarita. Esta acababa de retirar el embozo a Botines y al reconocerle lanzó un grito de asombro. Tampoco Carmen pudo ocultar su estupor. ¿Botines allí! ¿Cómo era aquello? Menos mal todavía que el abogado y el otro no le habían visto...

Botines se levantó, asustado, al ver a las dos mujeres, y volvió a ocultarse bajo las sábanas. ¡Qué horror! ¿Por qué no le dejaban tranquilo?

Clarita, desolada, creyendo que el sastre le estaba engañando con Carmen, se marchó disgustada, y lo mismo hizo la esposa de Tomás que sentía por el Botines, un profundo desdén.

Botines, muerto de sueño y molido por los golpes



...se levantó asustado...

del día anterior, aún se volvió de espaldas sin hacer caso a las dos mujeres. Quería dormir... Nada le importaba...

*
**

Al día siguiente en el Juzgado de Los Pasos, Tomás Sterling, que había podido reparar la avería de su automóvil, se encontró allí a su mujer, al abogado, a Leonor y algunos testigos hostiles.

El abogado presentó una prueba escrita de cómo Carmen había pasado la noche con su marido y, por lo tanto, era aquella la mejor prueba de la reconciliación, y el divorcio no debía tener lugar.

Tomás se defendía, desesperadamente. ¿Cómo no había llegado aún Botines?

— Señor Juez, tuve una avería en el *auto* y me quedé a pasar en él la noche. El que estaba en la habitación era indudablemente "otro".

— Me parece que tendrá usted que presentar "al otro" — dijo el juez.

— Me extraña que no haya llegado ya...

— Le concedo a usted media hora justa de tiempo para que se presente ese testigo.

Tomás se apresuró a llamar a la habitación del hotel Belmore por si Botines se encontraba allí.

El sastre, que dormía a pierna suelta, molido aún por la paliza, corrió al teléfono.

— ¿Cómo no has venido aún? — rugió Tomás—. Ven en seguida y recuerda a que sólo tienes media hora de tiempo... Estoy metido en un lío horrible... Será preferible que tomes un aeroplano...

Botines se levantó en un momento, y dispuesto a servir a Tomás, se vistió y salió del hotel...

Encontró a Clarita que, sentada en su automóvil, se disponía a emprender un paseo.

Botines fué a su encuentro y se subió al estribo.

— ¡No quiero que me hables, ingrato! — protestó ella—. ¡Esta mañana estabas en el cuarto en compañía de la vampiresa del te!

— Clarita — le dijo él, alegremente—. Si vienes conmigo y le dices al Juez de Los Pasos lo que acabas de decirme a mí, Tomasito ganará el pleito... Y si después te dignas escucharme, verás como lograré convencerte de que no soy tan ingrato como tú

dices. Lo hago todo por servir a Tomás, pero a quien únicamente quiero es a ti...

—¿Dices verdad, Botines? ¿No amas tú a Carmen?

—Ni pensarlo... Es por ti por quien me muero...

—Pues vayamos a Los Pasos...

Emprendieron veloz marcha. Hermógenes, que acababa de verles, se enfureció y les siguió en otro coche. El no estaba dispuesto a perder a la mujer-cita...

Fueron a un cercano campo de aviación, Botines se puso el paracaídas y cuando esperaba el momento de partir un aviador le dijo:

—Ya puede usted quitarse el paracaídas. La máquina no podrá salir antes de una hora.

—¿Qué hacemos ahora? Es cuestión de minutos, señor...

—Si tienen tanta prisa, pueden ir a caballo por el atajo de la sierra... Allí hay caballos ensillados.

Corrieron allí los dos, montando en sendas caballerías. Botines en la precipitación olvidó quitarse el paracaídas.

Hermógenes fué también en su persecución montando en otro caballo.

Y comenzó una carrera terrible, veloz, por los empinados atajos de la serranía... Botines y Clarita corrían desesperadamente, siguiéndoles, a la zaga, Hermógenes.

Botines, que nunca había sido jinete, iba atado a su caballo. Pero el animal se desbocó y en su carrera le derribó arrastrándole largo tiempo hasta que en una de las revueltas del atajo le suspendió de una inmensa sima.

Clarita intentó salvarle, pero su esfuerzo fracasó y los dos fueron a caer a una piedra saliente jun-

to a un precipicio. Hermógenes acudió también con el ánimo ahora de salvar a Clarita de la muerte.

Botines apretaba contra su corazón a la muchacha.

—¿Cuándo piensa usted soltarse de mi novia? — le gritó Hermógenes, desde lo alto.

—Hasta cuando la muerte nos separe — rugió Botines.

De pronto, la piedra que les sostenía pareció fallar, se resquebrajó de la montaña, y Botines y Clarita, estrechamente abrazados, cayeron en el vacío. Mas por algo Botines llevaba el paracaídas. Este se desplegó y sostuvo suavemente a los enamorados, llevándolos a impulsos del viento, mientras Hermógenes quedaba abandonado maldiciendo su mala estrella.

Había pasado ya media hora y el juez se disponía, ante la ausencia del testigo, a negar la concesión del divorcio. Pero quiso el destino que el paracaídas fuera a caer precisamente en el tejado de la casa del juez, y ante la profunda alegría de Tomás, Botines y Clarita aparecieron.

Botines declaró que él estaba en la cama de su amigo y Clarita confirmó la testificación. ¡Era verdad! ¡Ella misma le había sorprendido, y con Carmen!

—¿No hay suficiente motivo de divorcio? — dijo Tomás—. Esta mujer me ha sido infiel. ¿Se quiere prueba más clara?

Y el juez concedió el divorcio... cargando toda la responsabilidad a Carmen que, rabiosa, comentaba con el abogado, la derrota. ¡Adiós millones!

Loco de alegría, Tomás fué a saludar a Leonor y a su padre y prometió muy bajo a la muchacha que al día siguiente pediría su mano. Ella le miró con un gesto de confianza, de agradecimiento.

Botines se acercó a Carmen y le quitó el anillo de boda.

—Con su permiso. Como que ya no lo necesita, me lo quede...

Y lo colocó en un dedo de Clarita...

Salieron Clarita y Botines... Se sentían enamorados, felices... Y ya en la calle y como viesen al juez que marchaba en automóvil, corrieron tras él y le rogaron que les casase. Y mientras el coche rodaba por la carretera, el juez bendijo su unión...

F I N

PROXIMO NUMERO:

LA COMEDIA SOCIAL

por

Betty Bronson

Ford Sterling

Lawrence Gray

Louise Dresser

Stuart Holmes

Henry

B. Walthall

etc.

Asunto interesantísimo

La novela **PARAMOUNT**

sale todos los martes

PRECIO: 25 CTS.

¡DESCONFÍE DE LAS BURDAS IMITACIONES!

